

Helga Fernández Ruiz

Cómo salir del armario y no morir en el intento



CÓMO SALIR DEL ARMARIO Y NO MORIR EN EL INTENTO

Helga Fernández Ruiz

T.L,



Ediciones
Alféizar

© 2019

Editado por Ediciones Alféizar

C/ Joan Carles I - 41

46715 - Alquería de la Condesa - Valencia - España

Revisión: Paula de la Rosa Martínez

Autor cubierta: Enrico Pitton

Teléfono: 34 644 524 524

Email: info@edicionesalfeizar.com

Web editorial: www.edicionesalfeizar.com

«El AMOR es demasiado grande para que quepa en un armario»

«No se trata de ser todos iguales, sino de aprender a respetar las diferencias»

«Es un orgullo ver el mundo a través de un arcoíris»

«Orgullo»

«Porque si es amor no necesita explicación, que gane siempre en cualquiera de sus formas»

«Sé libre de amar a quien quieras y siéntete orgullos@ de ser quien eres»

«No tengas miedo a ser fiel a ti mism@, sigue a tu corazón»

#LGTBI #Stophomofobia

#OrgulloLGTB #Amorlibre

A mis padres, Juan y Joaqui, que, desde bien pequeña, me enseñaron que lo importante no es la diferencia, sino respetar la diferencia. A mi hermano Juan, que siempre ha estado a mi lado. A mi cuñada Lara, que llegó después, pero ya nos quería desde antes;) A mis suegros, Pepe y M^a Ángeles, pues sin ellos no tendría a la mujer de mi vida. A mi cuñada Marian, por ser mi lectora cero y en el día de mi boda dar un gran discurso sobre el amor en estado puro. A mis cuñados y cuñadas, sin excepciones, por su amor incondicional. A mis sobrinos y sobrinas, que a pesar de su corta edad en aquel entonces, ya querían decirle al Sr. Cura “que sus tías se querían mucho y tenían todo el derecho a casarse por la iglesia”.

Y, aunque ya no están entre nosotros, pero sí con nosotros: A mi abuela Joaquina, a quién estoy segura que Ana le habría encantado. A “la bisa” Angelita, que a sus noventa y tantísimos años, gritó a pleno pulmón “viva las novias” y rezaba todos los días a la “Virgen de los imposibles” para que siempre fuéramos felices. A mi cuñado Jorge, al primero que conocí de mi otra familia, el que lució con “orgullo a su hermana y su cuñada” ante cualquiera que se le presentaba delante, el de la eterna sonrisa...

A mi amiga Marian, mi pequeña florecilla, pues la familia no la hace la sangre y con ella está demostrado, siempre está a mi lado en todas mis aventuras y desventuras.

Y, por supuesto, sin duda alguna, al amor de mi vida... Ana, mi amiga, mi compañera... MI MUJER, que me acompaña en todas mis locuras y corduras... Y la quiero con toda mi alma.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Capítulo 1 Vida solo hay una

Capítulo 2 Da igual lo que los demás piensen de ti

Capítulo 3 Persigue lo que amas

Capítulo 4 Empatiza

Capítulo 5 El destino no está escrito

Capítulo 6 Lucha por lo que amas

Capítulo 7 Conecta contigo mism@

Capítulo 8 Nadie dijo que fuera fácil, pero eso no significa que sea imposible

Capítulo 9 Sé fuerte

Capítulo 10 Vive

Capítulo 11 Sé feliz y no mires con quién

Capítulo 12 Si te caes, vuélvete a levantar

EPÍLOGO

INTRODUCCIÓN

Que en pleno siglo XXI tengamos que estar reivindicando que somos personas sanas homosexuales, bisexuales o transexuales y no enfermos mentales... me parece, como poco, una aberración; pero, por desgracia, así es.

¿Qué puedo hacer yo? Expresarme como mejor sé: escribiendo, dando voz a todas esas personas que no pueden ser felices porque sus familias, sus amigos, sus círculos más cercanos no se lo permiten. Hay quién dice que eso no es así, que sí que lo permiten, pero que nosotros nos extralimitamos porque, ¿para qué queremos casarnos? O ¿por qué cogernos de la mano de nuestra pareja en la calle? O, incluso, ¿por qué presentar a nuestra pareja como tal, por qué no fingir que somos hermanos o compañeros de piso? ¿Por qué un Día del Orgullo Gay?... Ellos lo aceptan, pero nosotros le damos mucho bombo...

Personalmente, recuerdo una vez que estaba en la celebración de la comunión de la hija de unos amigos. A mi lado estaba sentada mi mujer, al otro lado una amiga y justo en frente de las tres, unos amigos de los padres de la niña y, en mitad de la comida, sin conocerme de nada, sin venir a cuento, me dijo: «Tú lo que necesitas es una buena polla, así te gustarían los hombres». Tengo que decir que soy de las personas que no callan ni bajo el agua cuando algo no está bien, y eso pasó, que me buscó y, muy educadamente, me encontró. Recuerdo que sonreí, le miré a él y después a su mujer y, acto seguido, contesté: «A lo mejor la necesitas tú», y sin pensarlo, me levanté de la mesa y me puse a hacerle fotos a la niña y al resto de invitados.

No estoy enferma, no necesito un hombre, ni terapia, ni nada de todas las barbaridades que en ocasiones escucho... necesito un mundo más tolerante, más respetuoso, un mundo que entienda que todos tenemos derecho a ser felices sin importar con quien; una sociedad que entienda que no se trata de ser iguales, sino de que se respeten las diferencias.

Comparto mi vida con una mujer maravillosa que me ama y a la que amo con locura. Afortunadamente, tengo unos padres maravillosos que me apoyan en todo y que solo quieren mi felicidad, unos amigos que me quieren tal y como soy y les da exactamente igual con quien me acueste o me levante.

Eso, eso que tengo yo y me da tantísima felicidad, algo tan sencillo como AMOR, RESPETO, LIBERTAD... Eso, es de lo que carecen muchísimas personas en este mundo.

Y cuento todo esto porque *Cómo salir del armario y no morir en el intento* habla justo de lo contrario, de lo difícil que es ser feliz sin ser juzgado por tu orientación sexual, de que te peguen una paliza por darte un beso con tu pareja o, simplemente, por ir cogidas de la mano...

He de reconocer que, tristemente, somos pocos los que gozamos del privilegio de ser visibles sin sufrir por ello. Eso no quita que, en alguna ocasión, me haya encontrado en situaciones en las que me he sentido discriminada por ser homosexual, como cuando nos negaron una habitación de matrimonio por ser dos mujeres y no un hombre y una mujer, o cuando me llamaron «guarra» por ir cogida de la mano de mi mujer, o como la que he contado al principio en la comunión.

Afortunadamente para mí, nadie nos ha puesto la mano encima a ninguna de las dos por ser pareja, pero cada día salen nuevos casos de agresiones homofóbicas y hay que denunciarlo, hay que dar visibilidad al amor libre en todas sus versiones, hay que seguir luchando y reivindicando, porque, por desgracia, aún queda mucho camino que recorrer en esta lucha.

Y, a todos aquellos que no entienden el porqué de un Día del Orgullo Gay si no existe un día del heterosexual...Ojalá nunca, nunca, nunca, lo necesitéis... pues este día existe porque la mayor parte de nuestra sociedad no nos ve como seres humanos, nos ve como monstruosos, seres viciosos, depravados, enfermos, que corrompemos y contaminamos a quien tocamos.

Helga Fernández Ruiz

Capítulo 1

Vida solo hay una

Mercedes es una joven universitaria que está a punto de licenciarse en Periodismo, procedente de una familia adinerada de ideales extremadamente religiosos, políticos y patriarcales. Poder estudiar le supuso muchísimas discusiones con sus padres, pues ellos tenían claro el futuro de la joven desde que era bien pequeña. A escondidas de sus padres, asiste a manifestaciones y charlas a favor del feminismo. Una de sus mayores ilusiones es poder trabajar en algún periódico, revista o medio a través del cual poder dar visibilidad a la mujer. Vive en Madrid, en el barrio Salamanca, uno de los veintidós distritos que forman el municipio. Este debe su nombre a su constructor: el malagueño, José de Salamanca y Mayol, marqués de Salamanca. Se ha convertido en una de las más importantes zonas comerciales de la ciudad y uno de los barrios de mayor nivel de vida de Europa con la mayor zona de compras de lujo de Madrid en torno a las calles Serrano, Claudio Coello y Ortega y Gasset.

Desde bien pequeñita, ha crecido bajo la ilusión de sus padres de que algún día se casaría con Antonio, un joven abogado hijo de unos íntimos amigos. El joven abogado ha sido criado bajo una estricta educación, y, desde que recuerda, ha estado enamorado de Mercedes. Todo él, es la definición perfecta de machismo y patriarcado... Cada poro de su piel desprende sus ideales. Por supuesto, sus padres están encantados con la idea de que los chicos se casen, ambos jóvenes son perfectos el uno para el otro, tan estudiosos, tan divinos... Predestinados desde el día de su nacimiento a contraer matrimonio.

Por otra parte, está Julia, la prima de Antonio, un par de años mayor que Mercedes, quien también va a licenciarse, pero en Magisterio. La joven es feminista reconocida y, en alguna ocasión ha coincidido en las *manis* con Mercedes. Vive en un pequeño apartamento en el centro de Madrid, aunque pasa más tiempo en casa de sus padres que en la suya propia. Su madre y la madre de Antonio son hermanas, aunque parecen criadas en familias diferentes, pues la madre de Julia, aunque es creyente, dista mucho de las estrictas creencias de la madre de Antonio, siempre ha sido de pensamiento abierto y se ha alejado de todo aquel que ha intentado inculcarle falsos mitos y creencias.

Los tres jóvenes se conocen de toda la vida, dado que siempre coinciden en fiestas y celebraciones. Antonio y Mercedes se llevan algunos años, pero siempre han compartido amigos, quizás, la que menos relación tiene es Julia, que no soporta el carácter de sus tíos y no comparte ni la mitad de sus creencias, pero como la familia no se elige... cumple como una campeona en todo tipo de eventos y celebraciones familiares. Por si no hiciera bastante, intenta adaptarse a las normas de sus tíos cuando está con ellos, pero su espíritu rebelde e inquieto no siempre la hace quedar en buen lugar.

Se acerca el verano y Mercedes sabe que serán sus últimos días de estudiante, está radiante de alegría, pues, al fin, podrá cumplir sus sueños: ser periodista, independizarse, viajar, enamorarse... en definitiva, vivir y ser feliz. Aunque ha sido criada bajo una estricta educación y con unos niveles de exigencia muy altos, ha sabido desarrollar su independencia, su libertad de

pensamiento, sus propias creencias y valores, se ha convertido en toda una mujer, quizás, demasiado libre para esta sociedad, pero toda una MUJER con letras grandes. Sabe perfectamente lo que ha costado avanzar en nuestro mundo como mujer y no quiere acabar como su madre, siendo esclava de su marido y prisionera de su realidad. Mercedes quiere ser libre, como lo fue Frida Kahlo (en la sociedad de su tiempo, donde la supremacía de lo masculino constituía el sentido común, la mujer jugaba un papel que claramente la supeditaba al varón. Frida, a pesar de estar casada y de demostrar el gran amor que sentía hacia su marido, se mostró autosuficiente y fuerte. Se representó en su obra de manera ambigua, con características sexuales andróginas, con algunos rasgos considerados como masculinos, exagerando sus cejas y su incipiente bigote. Fue de las primeras pintoras que expresó en su obra la identidad femenina desde su propia óptica, rechazando la visión de lo femenino que se dibujaba desde el tradicional mundo masculino. Contribuyó en la formación de un nuevo tipo de identidad para la mujer y es reconocida, hoy, por muchos, como un símbolo. Fue la perfecta heroína feminista de los años 80), o la mismísima Mariana Pineda (quien tras el triunfo de la revolución liberal española fue convertida en una heroína de la causa de la libertad, y de su figura se ocuparon numerosos autores en cuyas obras «predomina la glorificación de la combatiente por la causa política, de la luchadora por la libertad, pero también de la víctima inocente de la represión y del absolutismo. Un grupo de diputados granadinos pidieron a las Cortes que el «nombre de la célebre heroína doña Mariana Pineda se inscriba en el salón de ellas, en premio de su civismo y amor a la libertad» y que se pasara una pensión a sus hijos); Mercedes quiere crear su historia, no vivir la que los demás le tengan preparada.

Antonio está ejerciendo como abogado en sus primeros trabajos, ha buscado un piso en pleno centro de Madrid y, aunque ella no se lo espera, va a pedir matrimonio a Mercedes, está convencido de que dirá que sí. Pues desde que ambos eran niños, sus padres han tenido claro que serían la pareja perfecta para formar una familia.

El joven había recorrido las más prestigiosas joyerías de Madrid en busca del anillo perfecto para su amada. Lo había hablado con sus padres y estaban encantados con la idea y, por supuesto, se lo habían contado a los padres de Mercedes, quienes también estaban muy ilusionados.

Julia es lesbiana, sus padres lo intuían desde siempre y ella no dudo en confirmárselo el día que lo descubrió con un: «Mamá, creo que me he enamorado de mi *profe*», por suerte para Julia, a pesar de que sus padres fueron educados muy estrictamente, con ella siempre fueron muy abiertos.

Ante todo, la veían como su hija, independientemente de qué hiciese, cómo lo hiciese o con quién. Por encima de todo, los padres de Julia la ven como un ser humano, con todos los derechos que eso implica. Julia, al igual que Mercedes, apura sus últimos días de estudiante, y, por supuesto, como buena universitaria, no se priva de ninguna fiesta de fin de carrera.

Julia llevaba enamorada en silencio de Mercedes desde que coincidieron en una de las fiestas de sus tíos y estuvieron conversando. Había conocido a la verdadera Mercedes, una mujer luchadora, feminista y con unas ideas muy claras de lo que no quería en su vida. Además, habían coincidido en alguna manifestación y ambas muchachas sabían que compartían ideales.

Los padres de Antonio, los Sres. de Coamante, tienen una casita de campo en la sierra madrileña, a ellos les gusta presumir de ella. Concretamente se encuentra en San Lorenzo de El Escorial, al pie del monte Abantos y Las Machotas, a 47 km de Madrid. Recibe popularmente el

nombre de El Escorial de Arriba, para diferenciarlo del vecino pueblo de El Escorial, que, por su parte, es designado como El Escorial de Abajo. Y, como no podría ser de otra forma, en la casa de campo, cuentan con un amplio número de gente a su servicio.

Y, como cada año, habían pensado pasar allí el verano, con la novedad de que invitarían a la familia de Mercedes y a Julia. A los padres de esta última no solían invitarlos mucho, pues las dos hermanas discrepaban mucho a la hora de educar a sus hijos y, por supuesto, la homosexualidad de Julia ni se nombraba... De modo que, solo invitarían a Julia a pasar el verano con ellos. Y, únicamente, porque querían que presenciase la pedida de mano de su hijo a Mercedes y, de ese modo, alardear de ello.

Al principio, Julia no quería, bajo ningún concepto, ir de vacaciones con sus tíos, tenía otros planes para sus vacaciones de verano, pero después de pensarlo dos veces, sabiendo que Mercedes también estaría, cambió de opinión y accedió a ir a pasar el verano con sus tíos, al menos, mientras Mercedes estuviese allí.

Por su parte, Antonio está encantado, cree que es el momento y lugar ideal para pedir matrimonio a Mercedes. Estarán sus padres, su prima, y los padres de la mujer con la que quiere compartir el resto de su vida. Todo parece realmente romántico y preparado para que él lance su petición.

El muchacho está absolutamente convencido de que Mercedes dirá que sí, ¿dónde va a encontrar a un partidazo como él? Ya tiene el piso y un trabajo envidiable con el que aspira llegar a tener su propio bufete de abogados. ¿Cómo le va a decir que no una mujer a todo eso? Si las mujeres de hoy en día aspiran a poder ir de compras con la tarjeta del marido, al fin y al cabo... Mercedes, sin embargo, sabía lo que ganaba con ese matrimonio.

Los padres de Mercedes recibieron encantados la invitación y aceptaron de buen grado. Aunque a esta última no le venía muy bien pasar así su último verano de estudiante, ella tenía otros planes, había decidido invertir su tiempo en otras cosas... pero aún no se lo había hecho saber a sus padres.

Mercedes no sabía cómo iban a encajar que quisiera empezar su propia vida, no aspiraba a ser una mujer-florero, ni mucho menos, aunque sus padres tenían otros planes para ella. Quería viajar, encontrar trabajo, buscar un piso, vivir y ser feliz, eso era lo que Mercedes quería.

Capítulo 2

Da igual lo que los demás piensen de ti

Finalmente, llegó el día en el que los tres jóvenes coincidieron en la casita de campo, en El Escorial de Arriba. Quizás no era tan idílico como Julia lo había imaginado tantas y tantas veces, pues, aunque estaba Mercedes, también estaban allí sus tíos, los padres de Mercedes, el servicio... nada que ver con cómo ella imaginaba pasar un verano con la joven licenciada en Periodismo.

Ni tampoco como Antonio había imaginado que sería su petición de mano a Mercedes. Pues no acaba de entender qué pintaba allí su prima Julia, solo por presumir delante de su tía tenía que aguantar a la «tortillera» de su prima.

Ni tan siquiera lo que la propia Mercedes quería para sí misma. ¿Qué pintaba ella en esa casa el verano de su fin de carrera? ¿Por qué no podía estar de viaje como la gran mayoría de sus compañeros?

Pero ahí estaba el caprichoso destino y lo que guardaba con recelo para los tres jóvenes. Y, para bien o para mal, ahí estaban ellos tres, quisieran o no...

Lo primero fue la distribución de habitaciones, deshacer equipajes, presentaciones al servicio de los invitados, información de horarios de comidas y cenas...

Julia ansiaba pasar tiempo con Mercedes. Y no veía el momento en el que poder coincidir con la muchacha o iniciar una conversación con ella sin la presencia de cualquier otra persona por el medio.

Antonio no sabía en qué momento soltar su discurso... Pensó que lo haría durante la primera cena para no perder tiempo y poder pasar el verano como «prometido de», y así se lo hizo saber a sus padres, a sus futuros suegros y al servicio, nada podía salir mal, todo debía estar perfectamente organizado.

Mercedes, sin embargo, había pensado decirles a sus padres que no los acompañaría durante todo el verano. Quería empezar a buscar empleo y a vivir su vida, se sentía demasiado asfixiada como para estar así todo el verano, de modo que pensó que cuanto antes, mejor.

Aquel triángulo se complicaba por segundos, los tres muchachos andaban absortos, cada uno en sus propios pensamientos. Caminando de un lado a otro, cada uno pensando en cómo iba a ser su verano y cómo iba a decir todo lo que quería decir y, lo más importante, a quién se lo quería decir.

Mientras sus padres permanecían ajenos al temporal emocional que se aproximaba cada vez más y más rápido a aquella casa de El Escorial de Arriba.

Mercedes no podía más, apenas eran las seis de la tarde y ya quería salir de allí, no comprendía por qué su madre y Matilde, la madre de Antonio, le daban tanta importancia a la cena de esa noche y, menos todavía, porque su padre y Fabián, el padre del muchacho, insistían en que debían estar los tres jóvenes. No sabía muy bien qué estaba pasando, pero lo que sí tenía claro es que no

pensaba esperar a la noche para enterarse.

Bajó las escaleras cual alma que lleva el diablo, buscó a sus padres, que estaban en el porche junto a Matilde y Fabián brindando con una botella de cava, probablemente celebrando por anticipado la pedida de mano, y les pidió hablar con ellos en privado.

Una vez en el interior de la casa, se plantó delante de sus padres y les dijo que ella no cenaría con ellos esa noche, que no entendía a qué se debía tanta importancia a la cena. Había terminado su carrera y quería celebrarlo con sus amigos, quería disfrutar y divertirse. No le importaba pasar unos días con ellos, pero no estaba dispuesta a pasar el resto del verano en esa casa.

Andrés, su padre, no se lo pensó dos veces y, conforme la joven terminó de dar su discurso, le soltó un bofetón y le dijo que era una desagradecida. Todo el mundo estaba planeando esa cena por ella, y no se daba cuenta de la importancia que tenía en su vida.

Estaban ahí por ella, porque Antonio quería declararle su amor y pedirle matrimonio y, sin embargo, Mercedes solo pensaba en sí misma y en salir de fiesta con amigos. Ni por un momento se había parado a pensar en el muchacho. En todo lo que había tenido que remover para que esa cena fuera perfecta.

Fue justo en ese momento cuando Mercedes comprendió que la frase que tantas y tantas veces había escuchado desde bien pequeña: «Antonio y tú formareis una pareja estupenda, seréis la envidia del barrio cuando os caséis» era, sin duda alguna, mucho más real de lo que ella pensaba, sus padres y los de Antonio lo tenían claro, incluido el propio muchacho.

¿Pero nadie iba a preguntarle a ella nada?, ¿de verdad pensaban que iba a dejar que organizaran su vida sin más?, ¿creían que iba a dejarlo todo y casarse, sin más?

En ese instante, la joven licenciada fue consciente de que junto a sus padres solo podía aspirar a ser una mujer florero, al igual que lo habían sido todas las mujeres de sus antepasados, incluida su madre.

Sus ojos color miel se tornaron oscuros, su sonrisa desapareció y unas tímidas lágrimas empezaron a brotar por su rostro sin permisos, sin excusas, sin control.

No le dolía el bofetón, ni mucho menos, le dolía su dignidad como mujer, le dolía su integridad como ser humano, le dolía ver que vivía en una sociedad para la que era invisible y cuyas únicas permisiones eran: nacer, crecer, casarse y tener una familia a la que cuidar, sin más pena ni gloria.

Justo entonces, Julia que había bajado las escaleras para reunirse con los demás, atónita, contempló la escena, al mismo tiempo que sintió que algo dentro de ella se rompía, no solo por el hecho de que Antonio fuera a pedirle matrimonio a la mujer de la que se había enamorado, sino porque además de eso, acababa de presenciar un adelanto de cómo podría ser la reacción de Andrés en el caso de que Mercedes y ella acabasen juntas.

La muchacha permanecía inmóvil a los pies de las escaleras. Antonia y Andrés, al verla allí, se disculparon por lo sucedido y la invitaron a salir al jardín donde se encontraban sus tíos, Matilde y Fabián.

En ese pequeño espacio de tiempo, Mercedes salió corriendo de la casa, lloraba desconsolada, no por el bofetón que le acababa de propinar su padre, sino porque, justo en ese instante, había

sido consciente de que para vivir sus sueños iba a tener que enfrentarse a su familia. Iba a tener que gritar muy alto quién era la dueña de su vida y no pensaba en otra persona que no fuera ella misma.

Ni sus padres, ni Antonio, ni los padres de este, ni el mismísimo rey de España iban a tomar ninguna decisión en su nombre, su vida era de ella, y solo ella decidía a quién amar y con quién pasar el resto de su vida.

Mercedes corrió con todas sus fuerzas, hasta asegurarse de que estaba lo suficientemente lejos como para que no dieran con ella. En aquel camino, su único compañero de viaje era el viento que azotaba con fuerza los árboles de la sierra y rebotaba en sus mejillas. Parecía que aquel bosque quería hablarle, quería decirle que no estaba sola, que ella podía con lo que se avecinaba.

Los árboles se movían con fuerza de un lado al otro del camino, era como si la propia tormenta interior de Mercedes hubiese tomado aquel bosque. La muchacha corría sin mirar atrás, sin saber hacia dónde... solo corría y lloraba desconsolada.

De repente, apareció un claro iluminado por el sol. Mercedes paró en seco, como si su cuerpo ya no tuviese más energía. Y, allí, en mitad de la sierra, dejó caer su cuerpo al suelo, cual flor que pierde sus pétalos por una fuerte racha de viento.

Ese era su espacio protegido, allí estaba a salvo; los árboles le gritaban que no estaba haciendo nada malo, que solo reclamaba una vida normal. El viento le susurraba que todo iba a ir bien.

Su cuerpo ya no tenía fuerzas para más... allí, en mitad de la sierra, con el sol y el viento como testigos, prometió amarse y respetarse a sí misma hasta el fin de sus días. Ni Antonio, ni sus padres, ni nadie iban a decirle cómo vivir su vida.

Capítulo 3

Persigue lo que amas

Julia no lo pensó dos veces y salió corriendo detrás de Mercedes, escuchó gritar al viento y le vio sacudir con fuerza aquellos árboles. La muchacha corría como si le fuese la vida en ello, el frío viento no la iba a detener.

De repente, entre los gritos de los árboles, iluminada por el sol, en mitad de un claro, vio a Mercedes. Tumbada en el suelo, sin fuerzas, sin ánimo... sin permiso para vivir cualquier vida que no fuera la escogida por sus padres. Condenada a la sumisión. Como mujer no podía, no debía aspirar a nada más.

Tirada en el suelo, llorando como una niña pequeña, sin consuelo, sin refugio, sin protección... sola en mitad de ninguna parte. Julia se acercó despacio, no quería asustarla, optó por acurrucarse a su lado y abrazarla. No pretendía nada, solo estar ahí.

Pasaron cerca de dos horas hasta que Mercedes se decidió a hablar, no entendía qué hacía allí Julia. Ella podía perfectamente estar en cualquier otro lugar, además, todos sabían que la joven y su tío Fabián no se caían especialmente bien. De modo que, sin dudar, llena de rabia por todo lo que acababa de vivir, le preguntó.

En ese momento, Julia creyó morir de miedo e hizo un esfuerzo enorme por no ponerse a llorar de los nervios. Pensó que era el momento menos oportuno del mundo, pero que debía ser sincera con Mercedes y decirle porque estaba ahí.

La muchacha estaba educada para ser sincera por mucho que doliera. El valor de la verdad y lo deshonesto de la mentira era algo que había grabado a fuego durante su niñez, pues sus padres siempre le decían que era mejor una verdad dolorosa que una mentira piadosa: a largo plazo, la mentira duele más.

Como pudo se incorporó y sacó un valor que aún no sabe muy bien de dónde provino, pero le dijo la verdad. Al mismo tiempo, sentía que se ahogaba, que apenas podía respirar.

Estaba allí por ella, desde que coincidieron en una de las muchas celebraciones de sus tíos y estuvieron hablando, había sentido algo increíble por ella y, aunque no soportaba a Fabián, el hecho de que ella fuese a estar en la casa de campo, le había parecido el mejor plan para ese verano.

Le confesó que no esperaba decírselo de esa forma, pero, visto lo visto, no quería engañarla. Había presenciado toda la escena con sus padres y no quería ser un problema añadido, pero cuando la vio salir corriendo no pudo evitar salir tras ella.

Julia respiró hondo y añadió un: «Ya está», que sin pretenderlo sonó en voz alta y a ella le pareció que retumbó en todo el bosque.

Mercedes sintió una pequeña punzada en el estómago: acababa de enterarse, de la forma más ruin, de que Antonio iba a pedirle matrimonio, cosa que ni se planteaba; había descubierto que sus

padres no estarían a su lado cuando rechazara a este y; por si todo eso no fuese complicado de por sí, la prima de Antonio se le había declarado de una forma horriblemente espantosa por no hacerle más daño.

Acababa de ser consciente de que, desde bien pequeña, sus padres habían decidido por ella y apostaron por la opresión y la educación patriarcal, el hecho de que la hubiesen dejado estudiar Periodismo, había sido solo una táctica más de sus anticuados y estrictos planes para su futuro. ¿Acaso toda su vida había sido una mentira?, ¿un mero disfraz para ocultar su verdadero destino?

La parte positiva, si es que había alguna, era que Julia sí pensaba en ella, no quería que se sintiera otra vez engañada y por eso fue sincera con ella en el peor de los momentos.

Millones de sentimientos encontrados desfilaban por el cuerpo de Mercedes. No sabía si reír o llorar, quedarse quieta o echar a correr. Se sentía decepcionada, engañada, utilizada. Sentía tanta rabia dentro y, al mismo tiempo, tanto miedo, tanta incertidumbre, tanto dolor...

Y ahora venía la peor parte, tenía que regresar junto a sus padres y hacer frente a todo ese montón de sentimientos, valores, principios; tenía que tomar una decisión o, mejor dicho, había tomado una decisión que iba a repercutir seriamente en su vida desde ese mismo instante.

Mientras Mercedes tenía toda esa lucha interna, Julia permanecía a su lado, inmóvil cual estatua, en silencio, contemplando a una Mercedes destruida y sin fuerzas, pero que se preparaba para enfrentarse al mundo.

Y en medio de ese huracán de sentimientos, a lo lejos, ambas muchachas escucharon la voz de Antonio. Iba buscando a Mercedes desesperadamente, lo que no esperaba era encontrar a ambas chicas.

Cuando vio a su prima consolando a su amada sintió que una rabia tremenda recorría su cuerpo. De modo tal que, haciendo uso de su estricta educación y sus anticuados principios, les advirtió que la sierra no era un lugar adecuado para dos damas sin compañía masculina y, en un tono aún más duro si cabía, amenazó a Julia con mandarla de vuelta a su casa por andar malmetiando con Mercedes, quién, sin resultado alguno, intento explicarle al necio muchacho que Julia solo había ido a buscarla para que no estuviese sola en la sierra.

Cuando llegaron el ambiente no era mucho mejor que cuando las dos muchachas habían abandonado la casa:

Antonia y Andrés seguían desconcertados con la actitud tan desagradecida de su hija. No entendían a qué aspiraba. Ya había terminado su licenciatura, era momento de sentar la cabeza y formar una familia, al fin y al cabo, era para lo que la habían preparado todos estos años.

Por otra parte, Matilde había llamado a su hermana para que, cumpliendo con la amenaza de su hijo, pues le había faltado tiempo para ir con el cuento a su madre, viniese a recoger a Julia, ya que ya había hecho bastante y, visto lo visto, no quería que su sobrina le lavase el cerebro a Mercedes o, lo que es peor, le contagiase su homosexualidad.

Fabián, por su lado, se había encerrado en su pequeño despacho a tomarse un wiski, porque menudo disgusto acababan de darle las muchachas con tanto libertinaje.

Afortunadamente, María, una mujer muy coherente, educada, tolerante y respetuosa, fue a

recoger a su hija. Precisamente, para que no viese más espectáculos dantescos de gente crecida y sin escrúpulos a la que solo le importa el qué dirán.

Al mismo tiempo, Matilde y Fabián habían pensado que sería mejor posponer la pedida para cuando los ánimos estuvieran más calmados y Julia y María ya no rondasen por allí. Cosa que hicieron saber a todos en la casa.

Julia recogió sus cosas, sumida en la tristeza y sin poder apartar de su mente la imagen del claro del bosque. No sabía cómo habrían influido sus palabras en Mercedes, pero creía que había hecho lo que debía. La forma distaba mucho de lo que en más de una ocasión había planeado en su cabeza, pero a veces las situaciones toman el control de nuestras vidas y no hay forma humana de hacer lo que uno quiere.

Cuando terminó de hacer el equipaje, bajó las escaleras, que se le antojaron eternas, y cuando se disponía a subir al coche con su madre, Mercedes las sorprendió preguntando si podría ir con ellas a Madrid.

Con toda la educación con la que fue capaz de hablar, se dirigió a sus padres: la pedida no se debía hacer, entre otras cosas, porque ella no iba a casarse con nadie. Era su verano y quería vivirlo a su manera. No quería ser la mujer de nadie, quería vivir, disfrutar, trabajar, planificar su futuro sin intermediarios que decidiesen por ella.

Antonia y Andrés, sus padres, montaron en cólera y le dijeron que si hacía eso se olvidase de que tenía padres y que ni se le ocurriese volver a casa, dónde se creía que iba a ir, sin ellos no tenía nada. Y no iban a permitir que ensuciara la reputación de su familia. Una vez más, «el qué dirán» era más importante que su propia hija.

Blasfemia tras blasfemia, terminaron diciendo que, si se subía en ese coche, no había marcha atrás.

María se sintió entre la espada y la pared, ella no era quién para interferir entre Mercedes y sus padres, al mismo tiempo, su hija le imploraba con la mirada de corderito degollado que ayudaran a la pobre muchacha, por no hablar de que sus valores y principios no le permitían abandonar a la muchacha así, de esa guisa.

La mujer, haciendo uso de la empatía como madre, y enfrentándose a la humillación a la que estaban sometiendo a la muchacha, respiró profundamente y se dirigió a Mercedes, le dijo que no había problema en que fuera con ellas, pero debía hablar con sus padres y, entonces, si así lo decidían, ella misma la llevaría de vuelta a Madrid.

Andrés se apresuró a decir que no se preocupara, que marchase tranquila, que su hija no iba a ninguna parte, y que si lo hacía, podía llevársela tranquila porque desde ese momento ni ella tendría padres ni ellos tendrían hija.

María volvió a tomar aire y miró a las dos muchachas con cara de resignación.

Julia intentó decir algo, pero Mercedes no lo permitió y, en un tono desafiante y seguro, le dijo a María que, si a ella no le importaba, se marcharía con ellas de aquel infierno, pues, según parecía, no tenía ni padres ni amigos en aquel lugar.

Tras pronunciar aquellas palabras, Mercedes sintió cómo el corazón se le partía en mil

pedazos, no podía respirar, la vista se le nublaba, pero, aun así, sacó fuerzas, a saber de dónde, y sin pensarlo dos veces, cogió su maleta y se dispuso a subir en el coche con Julia y su madre.

María abrió las puertas del coche y las dos muchachas subieron. Mercedes detrás, con la mirada cabizbaja y con unas tímidas lágrimas resbalando por sus mejillas. Julia delante, junto a su madre, sin saber muy bien cómo iba a terminar toda aquella angustiosa situación.

Durante el trayecto a la ciudad el silencio se apoderó de aquel coche.

María sabía que llevarse a Mercedes iba a suponer una discusión con su hermana, quizás esa era la parte que menos le importaba, además, Mercedes era una mujer adulta y había tomado una decisión, y luego estaba su hija, quien intuía que iba a decirle a la muchacha que se quedara en su casa.

Cuando María se decidió a preguntar dónde las dejaba, Julia contestó a su madre que las dejase en su casa. Casi al unísono, Mercedes le pidió mil disculpas por meterla en aquella discusión y agradeció infinitamente que la sacara de aquella casa.

María asintió con la cabeza y dejó a las dos muchachas en casa de su hija, siendo plenamente consciente de todo lo que estaba por venir...

Capítulo 4 Empatiza

El piso de Julia está situado en el centro de Madrid, en el barrio de Chueca, un lugar repleto de bares y de gente. Es un humilde apartamento de una habitación, separada del salón por una puerta corredera con amplios cristales, una cocina con comedor y un baño.

La muchacha se mudó allí hacia un año, cuando empezó a compaginar trabajo y estudios y pudo permitírselo, pues, aunque sus padres siempre estaban dispuestos a echar una mano, a ella le gusta sentirse libre e independiente como persona y mujer.

Cuando entraron por la puerta, Mercedes se derrumbó: fue como concederse todos los permisos que le habían negado sentir. Estaba sola, no tenía a dónde ir, ni cómo sobrevivir.

Sus padres le habían dejado bien claro que debía casarse con Antonio. Ella no quería, ni se lo había planteado, al mismo tiempo que tampoco se había planteado tener una relación con una mujer y ahora estaba en casa de una que se le había declarado hacia unas escasas horas. Y de qué manera más horrible había tenido que declararse.

Sin pretenderlo, Mercedes se encontraba en un profundo mar de dudas existenciales y en medio de un montón de sentimientos encontrados. Amaba a sus padres por encima de todo, pero no estaba dispuesta a dejar que le planificaran el resto de su vida.

Julia debió ver algo en la cara de la muchacha que la hizo interrumpir sus pensamientos para decirle que, el hecho de que estuviera en su casa no implicaba que tuviese que estar con ella, aquello era una situación provisional, mientras encontraba un trabajo y un sitio donde vivir. Ella simplemente estaba ahí en calidad de amiga, no quería nada a cambio, solo ayudar.

Mercedes se sintió agradecida y respiró aliviada. En esos momentos solo podía pensar en que no podía volver a su casa, no quería convertirse en mujer de nadie y, mucho menos, renunciar a sus sueños. Había estudiado Periodismo y quería trabajar de eso, quería vivir su vida, no la que sus padres habían pensado para ella. No quería casarse, aún no, y tampoco tener hijos. No estaba preparada.

No quería que le pasara como a sus padres, se casaron porque así lo acordaron sus abuelos. Luego nació ella y la educaron prácticamente de la misma manera, aunque siempre tuvo la esperanza de que se darían cuenta de que ella era diferente y, cuando la dejaron matricularse en Periodismo, pensó que sus padres lo habían entendido, que habían aceptado que eran otros tiempos y que ella iba a ser la capitana del barco de su vida.

Nunca se imaginó que la invitación de aquel verano a la casa de campo de los Sres. Coamante, los padres de Antonio, incluía una pedida de mano que sus padres ya habían aceptado por ella, casi en el mismo instante en el que nació.

Julia preparó el sofá cama, le preparó una infusión y se retiró a su dormitorio, sabía que Mercedes necesitaba estar sola y no quería que se sintiera presionada por lo que le había dicho ni nada parecido.

Ninguna de las dos muchachas consiguió dormir aquella noche, y en el ruidoso silencio, solo se oían los llantos de Mercedes, cual niña desesperada porque ha perdido su mayor tesoro.

Detrás de aquella puerta corredera con amplios cristales, Julia la escuchaba con el alma rota, pero no quería interferir en ninguna decisión que la muchacha pudiese tomar. Era su amiga y, como ya le había dicho, iba a actuar como tal.

Cuando amaneció, ambas muchachas se sentaron a hablar sobre todo lo sucedido el día anterior. Julia insistió en el hecho de que compartiesen piso no implicaba nada, y le dijo a Mercedes que podía quedarse allí el tiempo necesario.

Se disculpó por lo inoportuna que fue su declaración y, al mismo tiempo, insistió en que no quería mentirle a pesar de lo difícil que resultaba toda la situación.

Mercedes, por su parte, agradeció a Julia su hospitalidad y su sinceridad, aunque no podía decirle mucho más al respecto, pues nunca se había planteado estar con una mujer, es más, hasta la fecha, nunca se había planteado estar con nadie.

Los días fueron pasando y Mercedes consiguió un trabajo en una pequeña revista. Estaba muy ilusionada porque podía empezar a encaminar su vida, al mismo tiempo, se sentía más triste y sola que nunca, pues sus padres no le cogían el teléfono y habían cambiado la cerradura de casa.

Julia iba y venía a casa de sus padres, a ver cómo iban las cosas con sus tíos, su primo y los padres de Mercedes, pero no le contaba nada a esta. Además, estaba bastante ocupada preparándose para su primer trabajo en un colegio concertado dirigido por unos amigos de sus padres. Quería causar buena impresión y demostrar que, aunque había entrado recomendada, merecía el puesto como la que más.

Mercedes le dijo a Julia que en cuanto cobrase el primer sueldo, comenzaría a buscar piso y le pagaría parte de los gastos, pero esta le dijo que no era necesario. Ella era su amiga y estaba en su casa en situación temporal, como le dijo en su momento. Y que podía estar todo el tiempo que quisiera, que no había ninguna prisa porque se marchará.

Había pasado poco más de un mes cuando, un viernes por la mañana, al salir Julia de la ducha, pensando que estaba sola en casa, se tropezó con Mercedes. Julia iba desnuda y Mercedes no podía apartar la vista del tatuaje de Julia en la ingle que era una paloma alzando el vuelo.

Ambas permanecieron inmóviles unos segundos, tiempo suficiente para que Mercedes notara algo en su interior. Al momento reaccionó y pidió disculpas a Julia, añadiendo que, definitivamente, tenía que buscar casa, que estaba invadiendo su intimidad demasiado tiempo. A Julia se le dibujó en la cara una pícara sonrisa y añadió que estaba segura de que no había visto nada nuevo, y no le dio más importancia.

Capítulo 5

El destino no está escrito

Aquella mañana del viernes, mientras Mercedes estaba trabajando en un artículo para la revista, no podía dejar de pensar en aquella paloma, alzando el vuelo en libertad. sin ataduras, sin prejuicios, sin sociedades patriarcales que decidieran por ella.

Aquella mañana, Mercedes sintió una punzada en el estómago mientras pensaba en Julia, en su tatuaje, en su cuerpo desnudo, en sus últimos días junto a ella, en aquel día en la sierra cuando se acurrucó a su lado sin esperar nada a cambio.

Aquella mañana, Mercedes se planteaba si realmente estaba sintiendo algo por Julia o, simplemente, todo era fruto de la cantidad de sentimientos encontrados que paseaban libremente por su cabeza.

Mercedes nunca se había planteado si le gustaban los hombres o las mujeres, o los dos, simplemente se había limitado a dejarse llevar, aunque nunca había tenido novio, ni había existido ningún chico que le produjese un interés especial.

En cambio, ese día, sentada frente a su ordenador y con la imagen de aquella dichosa paloma alzando el vuelo en su mente, se planteó mil doscientas situaciones diferentes...

Incluso llegó a imaginarse con Julia, en la misma cama, compartiendo besos y caricias, confidencias... piel con piel, sintiendo, amando.

¿Y si le gustaban los hombres, pero ahora se estaba dejando querer y cuidar por Julia porque no estaba acostumbrada a que la cuidaran? Esa idea la descartó casi de inmediato, ella no era así.

«Dejarse cuidar» no era su estilo, no necesitaba a nadie para sentirse realizada y que cuidaran de ella, ni hombre ni mujer.

¿Y si le gustaban las mujeres y no lo sabía? ¿Y si solo le gustaba Julia? ¿Y si solo estaba hecha un lío? ¿Y si se había enamorado sin darse apenas cuenta? ¿Y si era lesbiana y acababa de descubrirlo?

Y, entre todos esos «y si», de repente, sin avisar, aquella paloma volvió a alzar el vuelo, con sus alas más estiradas que nunca y con la libertad por bandera, para darse de bruces con la sonrisa pícaro de Julia cuando la había sorprendido al salir de la ducha, desnuda, esa misma mañana.

Mercedes volvió a dejarse llevar por el vuelo de aquella paloma. Volvió a imaginar una vida con Julia como pareja, ya no solo en la cama regalándose mil caricias, también en su día a día, compartiendo una vida, ¿cómo sería despertar cada mañana con Julia a su lado?

¿Acaso estaba realmente sintiendo algo por su amiga? ¿Por qué su vida tenía que ser tan complicada? ¿Acaso no podía tener una familia normal? ¿No podía enamorarse de Julia o de Antonio o de Margarita y que su vida fuera más fácil?

No, parecía ser que tenía que hacerle frente a muchas cosas todavía: su familia, Antonio, Julia,

la dichosa paloma que no hacía más que volar en libertad por su cabeza.

Finalmente, muy a duras penas, terminó su artículo. Lo imprimió y lo dejó encima de la mesa de su jefa. Recogió sus cosas y puso rumbo al apartamento.

Su jornada laboral había terminado y decidió que lo mejor sería hablar con Julia y empezar a poner algo de orden en el caos que reinaba en su vida. Así que, ella y la puñetera paloma pusieron rumbo al apartamento.

No sabía cómo lo iba a hacer, pero tenía que hacerlo, algo se movía en su interior y debía sacarlo fuera...

Capítulo 6

Lucha por lo que amas

Cuando, por fin, regresó a casa después del trabajo, se encontró a Julia que salía con una amiga, se iban a un concierto y a tomar algo, la invitaron, pero Mercedes no quiso ir.

Estaba demasiado cansada y su cabeza no paraba de dar vueltas a aquella paloma en la ingle de Julia. Y, por qué no decirlo, al hecho de que había visto a Julia desnuda y desde entonces algo estaba quemándole dentro.

Y esa chica que iba con su amiga era demasiado guapa y, encima, parecía muy simpática y atenta, morena, ojos verdes... ¿Por qué se había fijado tanto en la chica? Apenas habían coincidido dos minutos y le había hecho un escáner entero.

¿Seguro que solo era su amiga? ¿Acaso era la pareja de Julia? ¿Por qué salían de casa? ¿Habría pasado algo entre las dos chicas? ¿Ya se le había pasado a Julia el amor por ella?

De repente se sintió celosa, no quería que Julia estuviese con otra, quería que estuviese con ella. ¿Significaba eso que estaba enamorada o, simplemente, era porque tenía que ser para ella?

Cada vez tenía más y más dudas, le angustiaba el hecho de que Julia estuviese fuera con alguien que no fuera ella, algo en su interior se estaba despertando y, fuese lo que fuese, tenía que descubrirlo.

Mercedes se sirvió una copa de vino, preparó su sofá cama y se tumbó a esperar a Julia, debía hablar con ella, no sabía qué le estaba sucediendo, pero tenía claro que quería compartirlo con Julia.

Los minutos parecían eternos y, si miraba el reloj, tenía la sensación de que las horas no pasaban nunca.

En la calle se oía a la gente, calle arriba, calle abajo. A veces, se escuchaba la puerta del patio, pero no era ella, no era su chica... ¿Y si no volvía sola? ¿Y si aquella desconocida dormía con Julia esa noche? Una vez más, los «Y si» y aquella paloma alzando el vuelo volvían a darse de bruces en su cabeza.

Demasiado tormento, demasiadas dudas, demasiados miedos, demasiados «demasiados» en su vida.

Eran cerca de las dos de la mañana cuando, al fin, se abrió la puerta del pequeño apartamento, Julia entró silenciosa, no quería despertar a su compañera.

Mercedes, temerosa por si Julia no llegaba sola, se incorporó de un salto y encendió la lámpara que tenía junto al sofá, como hace una madre que espera ansiosa pillar a su hija inesperadamente.

Las dos muchachas se miraron sorprendidas, una por verse a sí misma en plan celosa poseída sin saber por qué, y la otra por no entender qué estaba ocurriendo en su casa en ese preciso momento.

Finalmente, Mercedes se apresuró a disculparse por haber asustado a Julia de aquel modo, le dijo que tenía que hablar con ella, que llevaba esperándola desde que se habían cruzado al marcharse ella de casa y que ya no podía más.

Al principio Julia se asustó, pensó que había ocurrido algo con Antonia y Andrés, los padres de Mercedes, pero en el momento en que la asustadiza muchacha del sofá cama preguntó quién era la chica que la había acompañado aquella noche, sonrió y se sentó junto a Mercedes preguntándole a esta si acaso eso eran celos.

Mercedes enmudeció de repente, sintió pánico, podía oír los latidos de su corazón a mil por hora. No sabía cómo empezar a hablar, era como si no hubiese palabras que expresasen todo lo que estaba sintiendo.

El miedo se apoderaba de ella por momentos, Julia le había preguntado si estaba celosa, y lo peor, es que ella misma se lo había planteado, ¿estaba sintiendo celos de la acompañante de Julia?

A duras penas podía respirar. La paloma, el cuerpo desnudo de Julia, Julia saliendo del apartamento con aquella desconocida, Julia en aquel bosque a su lado. Julia, Julia, Julia... En su mente todo eran imágenes, todo eran recuerdos.

Mientras, Julia la miraba fijamente a los ojos mientras esperaba una respuesta, una señal que le advirtiese que, efectivamente, su amiga estaba celosa. Algo que diese el pistoletazo de salida a todos esos sentimientos que tenía guardados tanto tiempo.

Quizás había llegado el momento que llevaba esperando desde aquella fiesta en casa de sus tíos, tal vez era la respuesta a su ridícula declaración en el peor de los momentos, a lo mejor solo eran dudas que Mercedes tenía. Fuere lo que fuere, ambas chicas se encontraban una frente a la otra, iluminadas por la tenue luz de una vieja lamparita, mirándose fijamente a los ojos, escuchando solo el latir de sus corazones desbocados casi al unísono.

La una temblaba de miedo por si la otra la besaba, al mismo tiempo que era lo que más deseaba en ese momento, y la otra, la otra se moría de ganas por fundirse en un beso con la chica de la que estaba enamorada desde que la vio por primera vez.

Finalmente, Julia decidió jugárselo todo a una carta, se inclinó lentamente sobre Mercedes y sucedió: sus labios se fundieron en un beso, bajo el estrepitoso silencio de las mil y una dudas que pasaban por las cabezas de ambas muchachas. Para, segundos después, Mercedes separarse de golpe, como si estuviera viendo al mismísimo demonio... ¿Qué acababa de pasar?

Estaba temblando, apenas podía respirar ¿qué estaba sucediendo?, Julia la había besado, pero ¿ella le había devuelto el beso?, ¿qué estaba sucediendo?, se preguntaba una y otra vez.

Ella quería hablar, pero las palabras se amontonaban en forma de bola en su garganta y no salían. Sentía pánico, terror, ¿atracción?, ¿amor?

Julia la abrazó con la misma delicadeza con la que tomas en brazos a un recién nacido por primera vez, la tranquilizó y le hizo saber que no sucedería nada que ella no quisiese, no había peligro, podía estar tranquila.

Mercedes, angustiada y aterrorizada, preguntó a Julia qué ocurriría después, qué iba a ocurrir ahora con sus padres, su primo, sus tíos... Estaba presa de mil y un sentimientos galopando

libremente por su cabeza.

Julia volvió a abrazarla, esta vez más fuertemente que antes, y muy dulcemente le dijo que solo había sido un beso, solo un beso. Era momento de disfrutar, de sentir, de respirar en libertad, sin presiones... De momento iban a disfrutar de lo que acababa de suceder y, por ahora, no tenía por qué enterarse nadie.

Esas palabras y ese abrazo tranquilizaron a la joven muchacha. Poco a poco su respiración volvía a su ritmo habitual. El «efecto Julia» estaba tranquilizándola.

Por primera vez desde que Mercedes se había instalado en el pequeño apartamento de Julia quiso dormir con ella en la cama, no quería que ocurriese nada, solo quería sentirla, necesitaba tenerla cerca, abrazarla, ver qué sentía cuando despertase a su lado. Julia aceptó encantada y, aquella inesperada noche del viernes, ambas muchachas durmieron abrazadas.

Capítulo 7

Conecta contigo mism@

A la mañana siguiente, al despertar, Mercedes estaba apoyada sobre el pecho de Julia, esta la abrazaba como si la estuviese protegiendo de todo cuanto le atormentaba.

Mercedes, por primera vez en mucho tiempo, se sintió segura, amada, valorada, protegida y, lo más importante, libre para hacer lo que realmente desease en ese momento, sin pensarlo, abrazo intensamente a Julia y la besó.

La muchacha despertó sonriendo, no podía creer lo que estaba pasando, sus deseos se habían hecho realidad, la chica por la que había sufrido en silencio tanto tiempo estaba ahí, entre sus brazos y, lo más increíble, acababa de besarla.

Ambas chicas estaban muertas de miedo, por diferentes motivos, pero muertas de miedo.

Julia temía que todo fuese una confusión, dado todo lo que estaba experimentando Mercedes, quizás se sentía sola y necesitaba sentirse arropada, tal vez, solo estaba proyectando en ella lo que deseaba sentir o, en el peor de los casos...

Julia tuvo que dejar de dar vueltas al asunto y confiar, porque Mercedes estaba mucho más que asustada, pero tenía una cosa muy clara: estaba en la cama con otra mujer y no sabía qué hacer ni decir, pero deseaba con todas sus fuerzas estar dónde y con quién estaba. Y, la mejor forma que tuvo de hacérselo saber a Julia fue demostrándoselo.

Se abrazó de nuevo a la joven maestra, cual niña que ha encontrado a su amiguita favorita y no quiere perderla, la abrazó tan fuerte que Julia sintió como se estremecían todas las partes de su cuerpo.

Y a pesar de los miedos, de las inseguridades, de los sentimientos encontrados, ambas chicas decidieron confiar y dejarse llevar por aquello que estaba surgiendo entre ambas sin previo aviso.

Sus cuerpos desnudos yacían felices, no necesitaban nada más que la una a la otra, y ambas eran conscientes de eso.

Mercedes, por primera vez en mucho tiempo, era feliz, disfrutó sin ataduras ni complejos del cuerpo de Julia, se dejó llevar por el vuelo libre de aquella paloma en la ingle de su chica y voló, voló sabiendo que había encontrado alguien con quién quería estar, persiguió el vuelo de la paloma y exploró cada rincón, cada sabor de la joven muchacha.

Julia disfrutó, saciando su sed de amor por Mercedes, se deleitó en cada parte de su cuerpo, en cada rincón, en cada pedazo de piel hasta ahora inexplorado.

Ambas bebieron de los placeres del sexo sin importar nada más. Ya no importaba la guapa y joven desconocida que había acompañado al concierto a Julia la noche anterior. No importaban los «demasiados», aunque seguían cargados en las respectivas mochilas. Ahora solo importaban las dos muchachas que yacían en aquella cama con sus cuerpos desnudos.

Aquel sábado, ambas chicas, vieron sus mundos tambalearse, una por estar con la mujer de la que siempre había estado enamorada y la otra por encontrarse con ese amor tan fuerte y bonito llamando a su puerta.

El fin de semana fue maravilloso, pero ambas sabían que una vez pusieran los pies fuera de aquel apartamento iban a tener que enfrentarse a la realidad, la semana comenzaba.

Mercedes volvía a la revista, además, había decidido presentarse en casa de sus padres al salir del trabajo y contarles cómo iba su vida, y decirles que aún estaban a tiempo de formar parte de ella.

Julia, por su parte, no tuvo ningún problema en contarles a sus padres cómo había acontecido el fin de semana con Mercedes. Tanto María como Tomás buscaban la felicidad de su hija, les daba igual con quién, siempre que su hija fuese feliz.

Al salir del trabajo, Mercedes puso rumbo a casa de sus padres. Sentía más miedo que nunca, pero tenía que hacerlo. Cuando llegó, se cansó de llamar al timbre sin obtener respuesta alguna. Pero no pensaba irse de allí sin hablar con ellos, sabía que estaban en casa, podía oírlos a través de la puerta, de modo que, no pensaba moverse de allí.

Antonia y Andrés, tras casi cuarenta y cinco minutos, decidieron abrirle la puerta a Mercedes, su hija, ambos pensaron que por fin había entrado en razón y estaba dispuesta a disculparse con Antonio y su familia. Nada más lejos de la realidad, en cuanto empezó a hablarles de su relación con Julia, el trabajo en la revista pasó a ser el menor de sus problemas.

Julia estaba enferma y, lo que es peor, había contaminado a Mercedes con su vicio y su promiscuidad, le había pegado su enfermedad. No debían haber permitido nunca que se fuera a vivir con ella.

Andrés decidió que ya había pasado tiempo suficiente y que su hija debía volver a casa de inmediato, pero Mercedes se negó. Les explicó que no estaba allí para pedir permiso ni recibir su bendición, no había ido a rendir cuentas a nadie, solo quería compartir con ellos su vida, que vieran que era feliz y que, si así lo deseaban, aún podían formar parte de su vida, pero sin reproches, ni exigencias, ni faltas de respeto hacia ella o su pareja y, sin más, dio media vuelta y salió de casa de sus padres.

Al salir a la calle se sintió morir, había plantado cara a sus padres, no se sentía orgullosa de ello, pero no le había quedado otra opción. ¿Por qué no podían entender lo que le estaba sucediendo?

Casi en modo automático puso rumbo a casa. «Pareja», esa palabra retumbó en la cabeza de Mercedes hasta que llegó al apartamento de Julia. Acababa de reconocer, delante de sus padres, que Julia y ella eran más que amigas, lo había hecho, había apostado por aquello que estaba sintiendo y, sin apenas darse cuenta, se había enamorado de una mujer.

¿Se había enamorado de Julia?, ¿su pareja? Y aquella palabra de tres sílabas volvía a retumbarle con más fuerza que nunca.

No estaba confundida, no proyectaba nada en nadie, no buscaba refugio ni protección en nadie, simplemente había sucedido, se había enamorado de una mujer, se había enamorado de otra

persona, se había enamorado de Julia.

Capítulo 8

Nadie dijo que fuera fácil, pero eso no significa que sea imposible

Antonia y Andrés no tardaron en contarles a Matilde y Fabián, los padres de Antonio, que su sobrina había manipulado a Mercedes, que esta, estaba fuera de sí y decía sentir amor por Julia, como quién dice sentir mariposas en el estómago cuando ve a la persona de su vida.

Las novedades de la historia llegaron a los oídos de Antonio que, en pleno ataque de ira por la noticia, decidió acudir a casa de sus tíos junto a sus padres, para explicarles lo que han conseguido al educar a su hija de esa forma.

¡Tanto libertinaje! ¡Tanto decir que lo importante es la felicidad! Y así estaban las cosas ahora, la mujer con la que él había decidido casarse desde bien pequeño, en la cama de la enferma de su prima.

Julia le había arrebatado al amor de su vida, la había convertido en una enferma como ella, la había manipulado y arrastrado por los caminos del vicio y la promiscuidad, la había manipulado hasta conseguir sacarla de sí.

Tanta libertad había hecho que la niña creyese que podía pensar por sí misma, que se viese capaz de hacer lo que le viniera en gana, haciéndola olvidar que el lugar de la mujer es junto a un hombre, casarse con él y tener una familia.

«La enferma de su hija», «caminos del vicio y la promiscuidad», «la mujer con la que él había decidido casarse», «que la niña creyese que podía pensar por sí misma», «el lugar de la mujer es junto a un hombre, casarse y tener una familia»...

Aquellas palabras iban clavándose como puñales en el corazón de Tomás: «¿Y esa gente era su familia?» «¿con que tipo de personas había dejado que se relacionase su hija?», «¿quién se creían que eran para entrar en su casa de esa manera?», «¿qué formas eran esas de entrar en su casa y hablar de su hija?», «¿qué le estaba ocurriendo a esa gente?».

Ante tal falta de educación y de respeto hacia su hija, Tomás estalló, algo que nunca, nunca jamás había pasado hasta ese día, pues el pobre nunca hablaba, decía que en la relación con Matilde y su familia debía mediar María, que para eso eran hermanas.

Pues bien, aquel día lo hizo él, muy educadamente, les explicó que su hija tenía una muy buena educación que ellos mismos le habían dado, que lo que su hija no padecía era ninguna enfermedad, ni vicio sexual alguno, simplemente era buena persona y se dejaba llevar por sus emociones, tenía unos buenos principios y unos valores que había adquirido de sus padres y, casualmente, se había enamorado de la misma persona que Antonio.

Y Mercedes, una mujer libre, valiente, luchadora, cuyo único defecto era la mente cerrada y antigua de sus padres, se había enamorado también de su hija, de manera libre y consentida por ambas. Sin haber planeado ningún malicioso plan en contra de nadie.

Y dicho todo eso, añadió que en esa casa no se iba a permitir ninguna falta de respeto hacia ninguna de las dos muchachas. Lo dijo en un tono rotundo, sincero y fuerte, pero cargado de amor y cariño hacía su hija.

Y que si a ellos no les parecía bien, por muy hermana de su mujer que fuese Matilde, podían marcharse por donde habían llegado, ya que lo que sí era una falta de educación y de respeto era semejante sarta de tonterías dichas de esa forma y en ese contexto y, sin nada más que decir, Tomás abrió la puerta y les invitó a salir de su casa y, de forma explícita, de sus vidas.

La familia Coamante salió de aquella casa con la cabeza bien alta, blasfemando sobre Tomás y María y la enferma de su hija. Dijeron verdaderas barbaridades, eso sí, cuando Tomás les cerró la puerta, por qué no tuvieron valor de decírselo a él.

Como era de esperar, Matilde y María nunca más volvieron a hablar, si alguna vez coincidían en algún acto, que era en contadas ocasiones, se saludaban cortésmente e, inmediatamente, una de las dos ponía una excusa para marcharse.

María y Tomás estaban muy orgullosos de Julia, desde bien pequeña había tenido las cosas muy claras y, siempre con la verdad por delante, se había enfrentado a quién había sido necesario. Y no iban a permitir que nadie, familia o no, le faltase el respeto a su hija.

Pasaron unos meses muy duros, a pesar de que ambas muchachas intentaban hacer su vida.

Para Mercedes no era fácil el día a día. Sus padres habían renunciado a ella, como si de una extraña se tratase, apestada y enferma. Antonio y su familia habían maldicho en todo su círculo de amistades. Hasta incluso habían mandado una misiva a la revista donde trabajaba explicando su «enfermedad» con todo lujo de detalles añadidos: insultos, mentiras, gustos sexuales, desprecios hacia la muchacha, su vida y su trabajo. Afortunadamente, su jefa estaba de su parte.

Julia tampoco lo llevaba mejor, sus padres estaban con ella y eso la reconfortaba, pero tenía que aguantar muchas miradas, muchas mofas e insultos a causa de las habladurías de su primo.

Afortunadamente, en el colegio donde trabajaba no habían tenido ningún problema con su orientación sexual, es más, ella misma habló con el director cuando sus tíos y primo empezaron a blasfemar.

Si alguien debía decir algo respecto a todo aquel asunto era ella, que, aunque no creía necesario desvelar su intimidad para trabajar, se vio obligada a hacerlo para que la pelota no se hiciera más grande si sus familiares aparecían por el colegio.

Capítulo 9

Sé fuerte

A pesar de todos esos insultos, de todos esos comentarios que ambas escuchaban a sus espaldas, a pesar de todo el veneno que Antonio y los suyos esparcieron sobre ellas. Al finalizar la jornada laboral, ambas chicas se encontraban en el pequeño apartamento que se había convertido en su gran fortaleza.

Un castillo en el que su amor se hacía más grande si cabe, sus miedos quedaban en la puerta, esperándoles para el día siguiente, porque en aquel fuerte no tenían cabida ni pasaporte.

Allí, ambas, se sentían protegidas y amadas la una por la otra. Sin sucias miradas, sin miedos, sin mentiras esparcidas, sin gente tóxica que las dañara.

Un jueves, al terminar su jornada laboral, Julia se dirigía a la revista a recoger a Mercedes para pasear por el parque del oeste, visitar el Templo de Debod, sentarse en el césped y disfrutar del alborotado ruido de la ciudad y, después, paseando, llegar hasta Chamberí y tomar unas cañas en alguna terracita.

Pero aquel jueves, Julia no llegó a la revista. Era la hora de salir y Mercedes no la veía por ninguna parte, empezó a preocuparse, la llamó varias veces al móvil, pero no se hizo con ella, además, su chica era la puntualidad en persona.

Asustada, decidió llamar a su trabajo, pero nadie cogió el teléfono, pues el colegio ya estaba cerrado, llamó a María y Tomás, sus padres, pero tampoco sabían de ella. De modo que decidió ir a casa a ver si estaba allí.

Unas horas más tarde, cuando ya todo el mundo estaba preocupado, recibió una llamada de un hospital: Julia estaba ingresada en el Hospital Universitario de la Paz, la había llevado allí una ambulancia. Fue lo único que pudieron decirle.

Tanto sus padres como Mercedes salieron hacía el hospital. Julia no había tenido ningún accidente, no había sufrido un infarto ni nada de eso, era mucho peor.

Había sufrido una agresión homofóbica y le habían dado una brutal paliza. En ese momento, nadie sabía quiénes fueron ni nada. Lo único que tenían era a la pobre muchacha en la cama de un hospital con la cara y el cuerpo lleno de hematomas y un par de costillas rotas y aún tenían que dar gracias de que unos viandantes se metieron a defender a la muchacha y a apartar al grupo de encapuchados que la habían tirado al suelo y seguían dándole patadas.

Los meses fueron pasando, lentos, muy lentos. Y Julia poco a poco iba recuperándose, pero no decía nada, entre aquellas paredes de hospital se forjó su otro yo, la otra Julia, la de mirada dura y largos silencios, la que apartaba la mano cuando Mercedes intentaba dársela, la que giraba la cara por la culpa que sentía al ver a sus padres sufriendo en aquella situación.

En el mismo hospital, le recomendaron que empezara terapia con la psicóloga de planta. Julia, al principio, se negaba, no quería hablar del tema y mucho menos con una completa desconocida,

al final, entre todos la convencieron y, asegurándose de que la confidencialidad en la consulta era inviolable, accedió.

Llegó el día que le dieron el alta, se vistió y salió del hospital con el miedo en la mirada, subió junto a Mercedes al coche de Tomás y María y pusieron rumbo a su apartamento.

Aunque le habían dado el alta médica, no lo habían hecho con la terapia psicológica, por lo que todas las semanas, los miércoles, visitaba a su terapeuta.

Los primeros días fueron horribles. La pobre muchacha no quería salir a la calle, no quería visitas de amigos ni compañeros de trabajo. Ella dormía en la cama y Mercedes en el sofá, el mismo que la acogió cuando era una total desconocida para su chica, volvía a hacerle un hueco ahora, en un momento en que se sentía totalmente ajena a la chica de la que se había enamorado.

Pasaron días, semanas, meses... hasta que por fin Julia se sentó delante de Mercedes y empezó a hablar, ese día tenía que llegar, pero la psicóloga insistió en que solo cuando ella estuviera preparada. Y, por fin, parecía que lo estaba.

Cuando se sufre una agresión de esas características, no se habla cuando los demás quieren saber, se hace cuando la víctima está preparada, y parecía que Julia lo estaba. Había llegado el momento de poner voz a lo sucedido y desterrar para siempre a la Julia de mirada oscura y largos silencios.

Primero pidió perdón, como si ella hubiese sido la culpable de todo, se disculpó por alejarse, por no haber tomado otro camino, por haber metido a su chica, la persona que más amaba, en toda esta situación.

Después, respiró hondo, tragó saliva y contó quiénes estaban detrás de la agresión. Esa fue la parte más dura, la más dolorosa, no por ella, sino por quiénes eran los agresores. Nunca se hubiese esperado algo así de su propia familia.

Mercedes no podía creer lo que estaba oyendo, obviamente no había nada que perdonar, sí había culpables de esa situación, pero no tenían nada que ver con Julia, ella era la víctima.

Los culpables eran su primo Antonio y los pandilleros que iban con él, que creían que todo se solucionaba o con dinero o con palizas y luego, luego presumían de ser personas de la alta sociedad: «¿Qué sociedad?, esta que lo arregla todo a golpe de talonario, o la que te manda a cuatro matones porque no puede soportar que las mujeres tengan vida propia o, lo que es que peor, la que no puede entender que las personas se enamoran de personas, de emociones, de sentimientos...».

Las chicas estuvieron hablando muchas horas, lloraron, se abrazaron, se reencontraron, desterraron a la Julia de mirada oscura y los largos silencios y, esa noche, Mercedes abandonó aquel viejo sofá para volver a abrazar a Julia como si de una niña pequeña se tratara.

Cambiaron las tornas y fue Mercedes la que tomó el mando. Decidieron que al día siguiente irían a comisaría a poner una denuncia contra Antonio y sus amigos por agresión.

Daba igual que fuese su primo, a él no le importó para darle la paliza a Julia. Había que denunciarlo. En ocasiones, la sangre no hace familia, y, tristemente, esa era una de esas decepcionantes y duras ocasiones.

Y, además, había llegado el momento de romper los muros de la cárcel del estrepitoso silencio que gobernaba su libertad. Tenían que defender su amor por encima de todo y, para ello, debían salir de su fortaleza y pisar fuerte en la sociedad que las rodeaba.

Había llegado el momento de plantarle cara al mundo, de gritar con fuerza que eran las capitanas de su barco y nadie iba a decidir por ellas, que no las iban a parar, ni las iban a separar, que no estaban enfermas, que no eran unas viciosas, promiscuas y depravadas.

Había llegado el momento de gritarle al mundo que estaban enamoradas. Tras esa agresión, las habían obligado a hacerse más fuertes y estaban más unidas que nunca para luchar por su amor.

Capítulo 10

Vive

Tal y como habían decidido el día de antes, aquella mañana fueron a comisaría. No fue nada fácil. Los agentes, esos que estaban ahí para defenderlas, algunos se reían, otros las ignoraban y, algunos, muy pocos, prestaban atención a su declaración y al nombre de los agresores para proceder con la denuncia y lo que ella suponía.

Después, Mercedes se marchó a trabajar, acompañando antes a Julia a casa de sus padres para que hablara con estos del mismo modo que lo había hecho con ella la noche anterior y los pusiera al corriente de todo.

Aquel día transcurrió muy lento en la revista, Mercedes solo estaba pendiente del teléfono por si llamaba Julia. Sabía que con Tomás y María estaba a salvo, pero ¿y si le daba a Antonio por ir a buscarla al enterarse de que lo habían denunciado?

Su mente iba más rápida que su cuerpo, no podía dejar de pensar en todo lo que su chica le había contado la noche anterior, ¿cómo había podido llevarlo en silencio tanto tiempo? Tenía que haber sido todo un infierno para ella.

Aquel día habló con su jefa, a estas alturas ya había confianza, Le contó todo lo que había sucedido la noche anterior en su casa y le pidió escribir un artículo sobre el tema de las agresiones homofóbicas. Al principio la jefa dudó, pero finalmente le dijo que si lo documentaba bien, lo publicarían.

Después, Mercedes no pudo más, se levantó de su silla y salió de aquella oficina que le estaba quitando la vida. Se armó de valor y fue directa a casa de Antonio y su familia: tenía el corazón en un puño, no sabía qué podía encontrarse, pero estaba cansada de vivir con miedo, de ver a Julia sufrir. Era momento de decir «BASTA YA», y eso era justo lo que iba a hacer.

Mercedes se dirigía a casa de Matilde y Fabián, no le había dicho nada a nadie, había sido una decisión de último momento. Después de hablar con su jefa y volver a revivir todo lo que Julia le había contado el día de antes.

Iba cargada de miedo, rabia, tristeza y, sobre todo, impotencia. Impotencia porque no entendía qué había de malo en estar enamorada de Julia. Ella no decidió enamorarse por fastidiar a nadie, se enamoró y punto. ¿Hasta qué punto iba a llegar aquella lucha infantil, aquella «guerra de mundos»?

No resultó fácil que le abriesen la puerta, pero, al subir unos vecinos, se coló en el patio y, literalmente, acampó en el rellano de casa de Antonio durante más de media hora, hasta que Matilde se dignó y abrió la puerta.

Creía que se iba a encontrar a una Mercedes arrepentida, sumisa y enamorada de «su» Antonio, pero no, se encontró de bruces con una mujer fuerte, valiente, conocedora de lo que quería y de lo que no, y, sobre todo, muy enamorada de su pareja, aunque aquello último implicase renunciar a su familia, a sus amistades y a lo que hiciese falta, y así se lo hizo saber.

Le contó lo ruin que había sido su querido hijo con Julia, que fue él el culpable de la agresión que había sufrido su sobrina. Le dijo que le habían denunciado esa misma mañana, por si aún no se lo había dicho su hijo. Le explicó que no estaba enferma, ni era una promiscua, ni una viciosa. También le habló de su relación con Julia, y le dijo abiertamente que estaba con ella porque estaba enamorada, que la muchacha no le había contagiado ninguna enfermedad, ni le había forzado a nada, simplemente, la amaba.

Sin más, después de decir todo cuanto había ido a decir, recogió su portátil y su mochila del suelo del rellano y se fue por donde había llegado.

Cuando salió a la calle, respiró hondo. Se había liberado, había gritado «BASTA YA» con todas las consecuencias y era consciente de ello. Pero sabía que eso tendría consecuencias.

Después del dantesco espectáculo dado por Mercedes en casa de los padres de Antonio, estaba claro que estos iban a correr a contárselo a Antonia y Andrés

Y eso fue exactamente lo que hicieron: no tardaron en ponerlos al corriente de todo, incluido el momento en el que se presentó la policía en busca de Antonio por agresión homofóbica. Porque, al parecer, Matilde ya estaba al corriente de la denuncia.

Mientras, Mercedes pasó por casa de María y Tomás a recoger Julia, había hablado con ella y sabía que seguía allí. De modo que pensó que lo mejor era recogerla y poner rumbo a su casa. Por el camino le contó lo sucedido. Al principio se enfadó, ¿cómo se le había ocurrido ir allí y encima sola? Pero luego se sintió más amada que nunca y muy orgullosa de su chica.

Aquella noche, al llegar a casa, vieron en el contestador varias llamadas de Antonia y Andrés. No había mensajes, solo llamadas. Casi mejor, porque conociendo a los padres de Mercedes estarían subiéndose por las paredes.

Las muchachas hicieron caso omiso a las llamadas, decidieron que, al día siguiente, ya se enfrentarían de nuevo al mundo.

Capítulo 11

Sé feliz y no mires con quién

Las chicas se despertaron sobresaltadas por unos golpes en la puerta. No sabían ni qué hora era. De nuevo los golpes las volvieron a asustar, no sabían si abrir o llamar a la policía. Mercedes no lo dudó, se enfundó en su batín y salió a ver quién era.

Antonia y Andrés estaban al otro lado de la puerta, golpeándola sin cesar al mismo tiempo que exigían a su hija que abriese. Creyéndose con derecho a todo, se presentaron en casa de Julia dando golpes en la puerta como verdaderos salvajes. Mercedes no entendía nada, pero eran sus padres y decidió abrir.

Cuando lo hizo, Julia ya estaba a su lado, con el gesto endurecido y cogiendo fuertemente la mano de su chica.

Los padres de Mercedes estaban allí para ofrecer una solución a tanta locura y tanto desorden. Estaban dispuestos a dejar que su hija regresase a casa, únicamente con una condición, y era que Mercedes se sometiese a terapia para volver a ser normal y, por supuesto, aceptase casarse con Antonio.

Julia no podía creer lo que oía, «terapia para ser normal», «¿casarse con Antonio por obligación?», ¿en serio estaba pasando eso?

Sin pensarlo dos veces, respiró profundamente y los echó de su casa, no estaba dispuesta a permitir faltas de respeto hacia ella o su chica en su propia casa, y daba igual de quién procediesen.

Los padres de Mercedes montaron en cólera, no se rendían fácilmente y no tenían la más mínima intención de ir a ningún sitio si no era su hija quien se lo pedía, pues, al fin y al cabo, si habían llegado a ese extremo era por culpa del lavado de cerebro que Julia le había hecho a Mercedes.

Mercedes contemplaba atónita la escena, como si de una película del mismísimo Almodóvar se tratase. La trataban de enferma por estar enamorada, le ofrecían volver a casa con la condición de aceptar un matrimonio concertado y, no contentos con eso, humillaban a su pareja de forma bochornosa, y en su propia casa.

Por un momento, pensó en pellizcarse para comprobar si estaba despierta o todo era una horrible pesadilla.

Ella ya se sentía normal, se sentía feliz y enamorada de Julia, cosa que parecía ser una enfermedad para su familia. Se sentía tan decepcionada y dolida que, aún a día de hoy, no sabe de dónde saco las fuerzas, pero abrió la puerta de la entrada y con voz firme y segura le dijo a sus padres que podían marcharse por donde habían venido; que si volvía a casa sería cuando la amasen y la respetasen, a ella y a Julia. De no ser ese el caso, muy a su pesar, nunca volvería.

Tras unos minutos de ensordecedor silencio, los padres de Mercedes se marcharon de allí, ni

siquiera se giraron una vez. Era como si quien quedase atrás fuera una completa desconocida enferma y apestada que nada tenía que ver con ellos.

Mercedes, después de pronunciar aquellas palabras, cayó al suelo, deslizando todo su cuerpo por la pared, hasta que finalmente cayó sentada, hundida, decepcionada.

Estaba segura de que amaba a Julia, la amaba con toda su alma, pero por qué debía decidir entre su amor o su familia. ¿Tan difícil era de entender que se había enamorado y solo quería ser feliz?

Sus padres, ¿no se daban cuenta de que ella también los amaba? ¿No entendían que el amor es así? Llega y se instala dónde y cuándo menos lo esperas. ¿Tan malo era estar enamorada de una persona de tu mismo sexo? Mercedes, totalmente rota de dolor, comprobó que, una vez más, ganaba «el qué dirán».

Capítulo 12

Si te caes, vuélvete a levantar

Los días pasaron muy lentos, tanto que, a veces, costaba respirar en aquel pequeño apartamento. Las chicas habían tomado una decisión y era momento de llevarla a la práctica.

Mercedes y Julia querían formalizar su situación, olvidar todo lo que habían sufrido y empezar otra vez. De modo que buscaron un apartamento nuevo en el barrio de Chueca, pusieron los contadores a cero y, como dos personas sanas y fuertes que eran, empezaron a crear su historia.

Empezaron de cero, como dos niñas que ven el mundo por primera vez y de todo se sorprenden; con las mochilas vacías, para poder llenarlas de nuevos recuerdos, de nuevas historias, de nuevas personas, de una nueva vida juntas.

Y nadie dijo que volver a empezar fuera fácil, pero ambas eran dos mujeres fuertes y valientes, dispuestas a comerse el mundo con su amor por bandera.

Habían encontrado un apartamento un poco más grande, con dos habitaciones, una cocina, un salón y un baño. En la habitación más pequeña decidieron poner un pequeño despacho. En la suya, la más grande, había un balcón por el que entraba la luz todas las mañanas. El salón lo decoraron entre las dos, con un par de fotos de ambas, unos vinilos en la pared con alguna frase inspiradora. Y poca cosa más, a ninguna le gustaba los ambientes demasiado cargados.

Instaladas en el nuevo apartamento, sus días iban normalizándolo todo, los padres de Julia siempre estaban ahí para las dos muchachas. Eran como un bastón en el que apoyarse al salir a pasear y tomar el sol cuando todo iba bien, y como una gruesa cuerda a la que sujetarse fuerte cuando venía alguna terrible tempestad.

A Mercedes no le quedó más remedio que acostumbrarse a prescindir de los suyos. Dolía, dolía como nunca imaginó que podría doler algo, pero al final ese dolor se transformó en cicatriz y aprendió a vivir con la situación. La cicatriz estaba ahí, y cualquier persona con un poco de interés hacía ella, sabía que picaba y quemaba con los cambios de tiempo, con los nuevos capítulos de su nueva vida que no se podían compartir...

No resultaba fácil, ni agradable; ella no había elegido esa situación y, cada vez que los veía era como si se rompiese un pedacito de su corazón. Si en alguna ocasión coincidían, ella les saludaba, aunque ellos fingieran que no había nadie, cosa que aún le dolía más. Y la cicatriz volvía a picar.

Nadie pagó nunca por la agresión que sufrió Julia, a pesar de la detención de Antonio en un primer momento, no hubo represalias, ni disculpas, es más, siempre que tenía ocasión, el muchacho se hacía de notar, bien con un comentario desafortunado, bien con algún gesto por detrás de las muchachas cuando, involuntariamente, coincidían en algún evento.

Aunque eran pocos los lugares en los que coincidían los tres. Pues a los actos que más acudían las dos chicas era a los que defendían los derechos LGTB. Cosa que tanto la familia de Mercedes como el mismo Antonio veían como concentraciones en masa de una secta para atraer gente. Gente enferma, por supuesto. Enferma y viciosa que había que mantener bien lejos. Aunque entre esa

gente estuviera tu propia hija.

Mercedes publicó su artículo: *Cómo salir del armario y no morir en el intento*. Contó lo duro que es cuando tu familia y amigos no te apoyan, aceptar que eres homosexual. Lo difícil que es ver que tu mundo se derrumba porque la sociedad ha decidido que eres un bicho raro y, «el qué dirán» gana al amor paternal, a la amistad, a la vida... a la felicidad.

Habló de lo mucho que le cuesta a esta sociedad aceptar que las personas se enamoran de personas. Lo que cuesta aceptar las diferencias. Lo que supone aceptarse a un@ mism@ cuando el resto del mundo te da la espalda.

También habló de las agresiones homofóbicas, no puso ningún nombre, pero concretamente habló de la que sufrió Julia por su propio primo. Porque toda agresión es dura y debe ser denunciada, pero cuando viene de tu propia familia, no se puede describir lo que se siente. Y, encima, no todo el mundo te cree. Las agresiones hay que denunciarlas, provengan de donde provengan.

También habló de que, a día de hoy, salir del armario y no morir en el intento sigue siendo, en ocasiones, muy complicado. Por ello, hay que seguir luchando y participando en todo tipo de eventos relacionados con la causa, pues los derechos LGTB han avanzado, pero muy despacio y muy poquito a poco.

Y, hasta que «no ser heterosexual» deje de ser visto como una enfermedad, como algo malo, algo contagioso, algo anormal y bochornoso... Hasta que eso ocurra, habrá que seguir luchando y reivindicando que, por encima de todo, somos personas que aman a otras personas, independientemente de nuestro sexo, color, raza o religión.

También tuvo unas palabras para el Día del Orgullo, lo que significa realmente celebrar ese día. La noción básica del «orgullo LGTB» reside en que ninguna persona debe avergonzarse de lo que es, sea cual sea su sexo, orientación sexual, su identidad sexual o su rol de género. Surge como una respuesta política hacia distintos mecanismos que el sistema tradicionalista utiliza contra quienes se «desvían» de la heterosexualidad: la vergüenza, la exclusión y las agresiones físicas que pueden llegar hasta la muerte de la víctima.

Desde un punto de vista lingüístico, el término «orgullo» designa el amor propio o la estima que cada persona tiene de sí misma como merecedora de respeto o consideración. Esta definición transmite la idea de una dignidad que todo ser humano posee y que no debe verse afectada por su conducta o por su orientación sexual. En este sentido, un concepto equivalente sería hablar de «dignidad LGTB».

Y, con ese artículo, Mercedes, sin apenas darse apenas cuenta, volvió a empezar desde cero, porque fue capaz de gritarle al mundo entero lo que no pudo decirles a sus padres. Resurgió como el ave fénix resurge de sus cenizas.

A día de hoy, Mercedes y Julia lucen con orgullo una bandera arcoíris en el balcón de su casa en Chueca. Viven su vida con total normalidad y, a pesar de todas las piedras que se encuentran en su camino, si se caen, se vuelven a levantar más y más fuertes si cabe.

EPÍLOGO

No importa lo que el mundo tenga pensado para ti, da igual si eres alt@, baj@, gord@ o flac@, da igual si crees en Dios o en Buda, da igual si te gustan los hombres o las mujeres, o ninguno, o los dos, todo eso: DA IGUAL.

Lo importante en esto que los más osados llamamos «vida» es ser feliz, vivir al límite, sin miedo. No haciendo a los demás lo que no nos gusta que nos hagan a nosotros. Pero sin miedo de ser felices.

Cómo salir del armario y no morir en el intento es solo una forma más de decirle al mundo que las personas nos enamoramos de personas. Que, como dijo Blaise Pascal: «El corazón tiene razones que la razón no entiende» y no hay que darle más vueltas.

Es una manera más de reivindicar que en este planeta hay lugar para tod@s y que el AMOR no tiene fronteras, es libre y sin condiciones. Llega sin avisar y se instala donde menos esperas.

Alguien me dijo una vez que yo no había salido del armario, que yo lo había «destrozado a hachazos».

Pues bien, recuerdo que me hizo mucha gracia aquella expresión, pero no acabé de entender muy bien lo que significaba hasta un tiempo después. Cuando comprendí que yo, simplemente, me había dejado llevar por mis sentimientos y había hecho siempre lo que había considerado correcto y necesario para estar con la persona que amaba, aunque, a veces, eso supusiese renunciar a otras personas, porque no a todo el mundo le venía bien que me gustasen las mujeres.

Al igual que Mercedes, eso sí lo he sufrido en mis carnes, tuve que dejar atrás amig@s. Que en realidad no eran amig@s, eran personas que no entendían que no se trata de ser iguales, sino de respetar la diferencia. Escuché gritos e insultos como «bollera de mierda».

Ahí lo entendí. Ahí entendí que mi salida de armario fue sin condiciones, sin mirar atrás en más de una ocasión, y, siempre, con la cabeza bien alta. Porque lo único que estaba haciendo era sentir y dejarme llevar.

Y, a día de hoy, «destrozar a hachazos mi armario» fue lo mejor que pude hacer, en ese momento, compré mi billete hacia la felicidad: empecé desde cero en muchas ocasiones, perdí a muchas personas que decían ser mis amig@s, aunque realmente no lo eran, me aventuré a mi primer «Orgullo» subida en una de las primeras carrozas que hubo, con escasa decoración y nada de alcohol, solo personas gritando a pleno pulmón por la libertad.

A día de hoy, sigo empezando de cero en muchas ocasiones, y las que, estoy segura, empezaré. Y me caeré y con la cabeza bien alta me volveré a levantar. Vivo rodeada de amig@s por los que daría la vida sin pensarlo, y sé que ell@s lo harían por mí.

Tengo una familia maravillosa, tanto por mi parte, como por la de mi mujer. Sigo acudiendo a los desfiles del Orgullo, incluso en alguna ocasión he subido en una súper carroza decorada y con mucho alcohol, gritando a pleno pulmón por la libertad.

E insisto, no importa lo que el mundo tenga pensado para ti, lo realmente importante es lo que quieres tú para ti.

Por amor no tienes que renunciar a nada: ni a tu familia, ni a tus amigos, ni a tu talento. El amor siempre suma, nunca resta. Y si alguien te hace creer lo contrario, si alguien está restando en tu vida, apártal@ sin mirar atrás, pues esa persona no te está queriendo como se debe querer: con respeto, libertad, tolerancia, con amor.

Agradezco a todas esas personas que, en algún momento de mi vida, se han cruzado en mi camino y me han hecho más fuerte.

Sobre todo, agradezco a los que siguen acompañándome, eso es que realmente quieren que sea feliz, independientemente de quien se meta en mi cama.

Y, por encima de todo, doy las gracias a tod@s l@s que cada día hacemos de este, nuestro mundo, un lugar más tolerante, respetuoso y libre.

Y, a todos los que estáis saliendo del armario y creéis que es el fin del mundo: no os asustéis, levantad la cabeza y seguid adelante, no hacéis nada malo, solo perseguís la felicidad, como el resto de la humanidad.

Y si hay que romper el armario a hachazos, pues se rompe. Lo importante es que el AMOR siempre gane.

Helga Fernández Ruiz

Si al finalizar la lectura de *Cómo salir del armario y no morir en el intento* queréis poneros en contacto conmigo, podéis hacerlo a través de mi correo electrónico: fernandezruizhelga@gmail.com. Estaré encantada de leer vuestros comentarios.